

## CAPÍTULO III.

*De Moises, de la ley escrita y de la entrada del pueblo en la tierra prometida.*

Después de la muerte de Jacob, el pueblo de Dios permaneció en Egipto hasta el tiempo de la misión de Moises, es decir, cerca de doscientos años.

Así es que se pasaron cuatrocientos treinta años antes que Dios diese á su pueblo la tierra que le prometiera.

Quería de esta manera acostumbrar á sus elegidos á que se confiaran de sus promesas, seguros de que tarde ó temprano tienen su cumplimiento, y siempre en los tiempos señalados por su eterna providencia.

Las iniquidades de los amorreos, cuya tierra y despojos quería darles, no habían llegado todavía, como lo declaró Abraham, al punto de depravación á que aguardaba que llegasen para entregarles á la dura y desapiadada venganza que quería ejercer sobre ellos por mano de su pueblo predilecto.

Por otra parte era menester dar tiempo al pueblo de Israel para que se multiplicase, á fin de que pudiese hallarse en estado de ocupar la tierra que le estaba destinada, y de ocuparla por la fuerza, esterminando á sus habitantes maldecidos por Dios.

Quería también que experimentasen en Egip-

to una dura é insoportable cautividad para que viéndose redimidos de ella por prodigios inauditos, amasen á su libertador y celebrasen eternamente su misericordia.

He aquí el orden de los consejos de Dios tales como él mismo nos los ha revelado, para enseñarnos á temerle, á adorarle, á amarle, y á esperar en él con fe y paciencia.

Habiendo llegado el tiempo marcado por su divina providencia, oye los ayes de su pueblo cruelmente aflijido por los egipcios, y envía á Moises para libertar á sus hijos de su tiranía.

Hácese conocer de este gran hombre de una manera como no lo había hecho jamás con ningún otro viviente; aparécese de un modo tan magnífico como consolador: declárale que él es quien es. Lo que hay delante de él no es más que una sombra. "*Yo soy quien soy*", le dice; el ser y la perfección me pertenecen á mí solo. Toma un nuevo nombre que designa el ser y la vida en él como en su origen, y es el gran nombre de Dios, terrible, misterioso, incomunicable, bajo el cual quiere en adelante ser servido.

No os referiré particularmente todos los sucesos ocurridos tocante á las plagas del Egipto, ni al endurecimiento de Faraon, ni al paso del mar Rojo, ni á las tinieblas, los relámpagos, ni acerca del eco lúgubre de la trom-

peta, ni del ruido espantoso, y terrorífico que sintió el pueblo en el monte Sinai. Dios grababa allí, con su propia mano, sobre dos tablas de piedra los preceptos fundamentales de la religion y de la sociedad: todo lo demas se lo dictaba á Moises en alta voz. Para mantener esta ley en todo su vigor, recibió orden de formar una asamblea venerable de setenta consejeros, que podia denominarse el senado del pueblo de Dios, y el consejo perpetuo de la nacion. Dios se presentó en público, é hizo promulgar su ley en su presencia con una admirable demostracion de su magestad y su poder.

Hasta aquí Dios no habia dado nada por escrito que pudiera servir de regla á los hombres. Los hijos de Abraham eran solos los que estaban sujetos á la circuncision y á las ceremonias con que se verificaba el testimonio de la alianza que Dios habia contraido con esta stirpe escogida. Por la circuncision se distinguian de los pueblos que adoraban las falsas divinidades; en lo demas se conservaban en la alianza de Dios por el recuerdo que tenian de las promesas hechas á sus padres, y eran conocidos como un pueblo que servia al Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob. Estaba Dios tan olvidado que era necesario discernirle por el nombre de los que habian sido sus adoradores, y de quienes tambien era el protector declarado.

No quiso abandonar por mas tiempo á la sola memoria de los hombres el misterio de la religion y de su alianza. Ya era tiempo de oponer un mayor dique á la idolatría, que amenazaba inundar á todo el género humano, acabando de extinguir en él los restos de la luz natural.

La ignorancia y la ceguedad se habian prodigiosamente acrecentado desde el tiempo de Abraham. En su tiempo, y un poco despues, se conservaba el conocimiento de Dios en la Palestina y en el Egipto. Melchisedech, rey de Salen, era el *pontífice del Dios altísimo, que habia criado el cielo y la tierra*. Abimelech, rey de Gerada, y su sucesor del mismo nombre, temian á Dios, juraban en su nombre, y admiraban su poder. Las amenazas de este gran Dios eran temidas de Faraon rey de Egipto, pero en tiempo de Moises aquellas naciones se hallaban ya pervertidas. El verdadero Dios no era ya conocido en Egipto como el Dios de todos los pueblos del universo, sino como el Dios de los hebreos. Se adoraban hasta los animales y los reptiles. Para ellos todo era Dios menos el mismo Dios; y el mundo, que Dios habia criado para manifestar su poder, hallábase convertido en un templo de ídolos. De tal manera habíase estraviado el género humano que llegó hasta prestar adoracion á sus vicios y á sus pasiones. Y no hay que admi-

rarse de esto, porque no hay poder mas inevitable, ni mas tiránico que el suyo. El hombre, acostumbrado á creer divino todo lo que era poderoso, como se sentia arrastrado al vicio por una fuerza irresistible, creyó facilmente que esta fuerza existia fuera de él, y no tardó en hacer bien pronto de ellos un Dios. Por esta razon fue por lo que al amor impudico se le erigieron tantos altares, y por lo que las impurezas mas horribles fueron mezcladas en los sacrificios.

La crueldad tambien se introdujo al mismo tiempo. El hombre culpable, que se hallaba desasosegado por los remordimientos de su crimen, y que miraba la divinidad como enemistada con él, creyó no poder aplacarla con las víctimas ordinarias: imaginó que debia correr mezclada con la sangre de los animales la sangre humana: un ciego terror impelia á los padres á inmolar sus propios hijos, y á quemarlos para ofrecerlos á sus dioses en lugar de incienso. Estos sacrificios eran comunes desde el tiempo de Moises, y no eran mas que una parte de las horribles iniquidades que cometian los amorreos, cuya venganza cometió Dios á los israelitas.

Pero no eran solo los amorreos los que tenían tan depravadas y bárbaras costumbres. Se sabe que en todos los pueblos del mundo, sin esceptuar uno solo, los hombres han sa-

crificado á sus semejantes, y no ha habido punto sobre la tierra donde no se hayan servido de estas tristes y horribles divinidades, cuyo implacable odio contra el género humano exigia se le ofreciesen tales víctimas.

En tan profunda ignorancia el hombre llegó á adorar hasta la obra de sus propias manos. Creyó poder encerrar el espíritu divino en estatuas; y de tal modo llegó á olvidarse que era hechura de Dios, que creyó á su turno poder él mismo formar un Dios. ¿Quién creyera, si la esperiencia no nos lo hiciese ver, que un error tan estúpido y tan brutal no era solo el mas universal, sino que era tambien el mas arraigado y el mas incorregible que habia entre los hombres? Por tanto es menester reconocer con vergüenza del género humano, que la primera verdad, la que el mundo pregonaba, aquella cuya impresion es mas fuerte y profunda, era precisamente la que se hallaba mas apartada de la vista de los hombres. La tradicion que la conservaba en su memoria, aunque clara todavia y bastante presente, por poca atencion que se hubiese prestado á ella, estaba próxima á desvanecerse del todo: fábulas prodigiosas tan impías como estravagantes habian tomado el lugar de la tradicion. El momento habia llegado en que la verdad, mal retenida en la memoria de los hombres, no podia ya conservarse sin escribirla; y ha-

biendo resuelto Dios, por otra parte, formar á su pueblo en la virtud por medio de leyes mas espesas y en mayor número, resolvió al mismo tiempo dárselas por escrito.

Moises fue llamado para encomendarle esta obra. Este gran hombre recopiló la historia de los siglos pasados; la de Adan, la de Noé, la de Abraham, la de Isaac, la de Jacob, la de Josef, ó mas bien la del mismo Dios y de sus admirables maravillas.

No le fue menester desenterrar tradiciones remotas de sus antepasados, porque nació cien años despues de la muerte de Jacob. Por otra parte los ancianos de su tiempo habian podido conversar muchos años con aquel santo patriarca; la memoria de Josef, y las maravillas que Dios obrara por conducto de este gran ministro de los reyes de Egipto, hallábase aún reciente. La vida de tres ó cuatro hombres se remontaba hasta Noé, quien habia conocido á los hijos de Adan, y se hallaba en contacto, por decirlo así, con el origen de las cosas.

Por esta razon no era difícil recoger las tradiciones antiguas del género humano y las de la familia de Abraham: hallábase su memoria todavía viva; y por consiguiente no hay que admirarse si Moises habla en su Génesis de las cosas sucedidas en los primeros siglos como de unos hechos constantes, de los que se veian todavía en los pueblos vecinos, y en la

tierra de Canaan, monumentos bien notables.

En el tiempo que Abraham, Isaac y Jacob habitaron aquella tierra, erigieron por todas partes monumentos que marcaban los principales sucesos que habian visto, ó las cosas que les habian acaecido. Allí se veían todavía los lugares que habian habitado, los pozos que habian abierto en los paises secos para abrevar sus ganados y para los usos de su familia; las montañas en donde habian hecho sacrificios á su Dios, y donde se les habia aparecido; las piedras que habian erigido ó amontonado para que sirviesen de memoria á la posteridad; los sepulcros en donde descansaban en paz sus cenizas benditas. La memoria de aquellos grandes hombres aún estaba reciente, no solo en todo el pais, sino tambien en todo el Oriente, en donde varias naciones célebres no han olvidado jamas que eran descendientes de su noble estirpe.

Así fué que cuando el pueblo hebreo entró en la tierra prometida, por do quiera encontraba monumentos que recordaban la memoria de sus antepasados; y las ciudades, las montañas y las mismas piedras eran un vivo elogio de aquellos hombres maravillosos, y daban testimonio de las admirables visiones por las cuales Dios les habia confirmado en la antigua y verdadera creencia.

Los que se hallan versados, por poco que

sea, en las antigüedades, saben cuán curiosos eran en los primeros tiempos para erigir y conservar tales monumentos, y cuán cuidadosamente retenia la posteridad en su memoria las ocasiones que motivaran su ereccion. Esta era una de las maneras de escribir la historia: despues se han labrado las piedras y se les ha dado cierta forma; y las estatuas sucedieron posteriormente despues de las columnas á aquellas masas groseras y sólidas que se erigian en los primeros tiempos.

Tambien hay fuertes razones para creer que en la línea en que se conservó el conocimiento de Dios, se conservaban tambien por escrito memorias de los antiguos tiempos; porque los hombres jamas han vivido sin este cuidado. Por lo menos es una cosa segura que se hacian cánticos que los padres enseñaban á sus hijos; cánticos que, entonándose en las fiestas y en las asambleas, perpetuaban en ellos la memoria de los hechos mas brillantes de los siglos pasados.

De aquí nació la poesía que tomó despues diferentes formas, de las que la mas antigua se conserva en las odas y en los cánticos de que usaron todos los antiguos, y que aún al presente usan los pueblos iliteratos para dar alabanzas á la divinidad, y encomiar las virtudes y las proezas de los grandes hombres.

El estilo de estos cánticos, atrevido, extraordinario y natural sin embargo en lo que es

á propósito para representar á la naturaleza en sus transportes, y que por esta razon sobresalen en ellos vivos é impetuosos rasgos, libre de aquella trabazon ordinaria con que se enlaza un discurso seguido, encerrado, por otra parte, en numerosas cadencias que aumentan su fuerza, sorprende agradablemente el oido, enagena la imaginacion, conmueve el corazon y se graba mas facilmente en la memoria.

En el pueblo de Dios ha sido en donde tales cánticos han estado mas en uso. Moises nota un gran número de ellos, que designa por los primeros versos, porque el pueblo sabia lo demas. Él mismo compuso dos de este género. El primero nos manifiesta el paso triunfante del mar Rojo, y cuando los enemigos del pueblo de Dios unos fueron sumergidos en sus aguas, y otros semi-vencidos por el terror. Por el segundo Moises confunde la ingratitud del pueblo celebrando las bondades y las maravillas de Dios. Los siglos que le sucedieron le imitaron. Dios y sus maravillosas obras eran el argumento de las odas que componia: Dios mismo era quien les inspiraba; y propiamente hablando solo se cuenta del pueblo de Dios que haya poetizado movido solo de entusiasmo.

Jacob habia pronunciado en este lenguaje místico los oráculos que contenia el destino de sus hijos, para que cada tribu retuviese con mas facilidad lo que á cada una le concernia,

y para que aprendiese á alabar á aquel que no era menos magnífico en sus predicciones que fiel y religioso en cumplirlas.

He aquí los medios de que Dios se sirvió para conservar hasta Moises la memoria de las cosas pasadas. Aquel gran hombre, instruido por todos estos medios, é inspirado por el Espíritu santo, escribió las obras de Dios con una exactitud y una sencillez que atraen la creencia y la admiracion, no á el, sino al mismo Dios.

Unió á las cosas pasadas, que contenian el origen y las antiguas tradiciones del pueblo de Dios, las maravillas que hacia por su libertad. De esto no alega á los israelitas otros testimonios mas que los de sus propios ojos. Moises no les cuenta cosas que hayan pasado en rincones escondidos, ó en retiros impenetrables y en profundas cavernas; no hablaba al aire, ni de una manera vaga; particulariza y circunstancia todas las cosas, como un hombre que no teme que se le desmienta. Funda todas sus leyes y toda su república sobre las maravillas que ellos han presenciado. Estas maravillas no eran nada menos que haber visto el curso de la naturaleza trastornado de repente y en diferentes ocasiones para libertarlos, y para castigar á sus enemigos; á la mar abrir la corriente de sus aguas para darle paso á pie enjuto, á la tierra entre-abierta, un pan

celestial, brotar aguas abundantes de las rocas á un golpe de vara, dar el cielo una señal visible para marcar el rumbo que debieran seguir en su marcha, con otra infinidad de milagros semejantes que ellos vieron durante el espacio de cuarenta años.

El pueblo de Israel no era mas inteligente ni mas sutil que los demas pueblos, que, habiéndose abandonado á sus sentidos, no podian concebir un Dios invisible. Por el contrario, era tan rebelde y grosero, ó quizá mas que ningun otro pueblo. Pero este Dios invisible en su naturaleza se hacia de tal manera sensible por continuos milagros, y Moises se los inculcaba con tanta fuerza, que al fin este pueblo carnal dejóse mover de la idea tan pura de un Dios que todo lo hacia por su palabra, de un Dios que no era mas que espíritu, razon, é inteligencia.

De esta manera mientras que la idolatría, tan fuertemente estendida desde Abraham, cubria toda la haz de la tierra, la sola posteridad de este patriarca quedó exenta de este contagio. Sus mismos enemigos les hacian esta justicia; y los pueblos en que la verdad de la tradicion no se habia del todo estinguido, esclamaban con admiracion: "no se ven ídolos en Jacob; no se ven en él presagios supersticiosos, ni divinaciones, ni sortilegios: es un pueblo que se confia en el Señor su Dios, cuyo poder es invencible."

Para imprimir en su espíritu la unidad de Dios, y la perfecta uniformidad que exigía en su culto, Moises repite varias veces que en la tierra prometida este Dios único escogería un lugar en el que solo se celebrasen las fiestas, se hiciesen los sacrificios y todo el servicio público. Esperando obtener este lugar deseado, y mientras que el pueblo andaba errante en el desierto, Moises construyó el tabernáculo, templo portátil, en el que los hijos de Israel ofrecían sus votos al Dios que había criado el cielo y la tierra, y que no se desdénaba de viajar con ellos, ni de servirles de guía.

Sobre este principio de religion, sobre este sagrado fundamento se halla edificada toda la ley; ley santa, justa, benéfica, razonable, sabia, previsorá y sencilla, la cual enlazaba la sociedad de los hombres entre sí por la santa sociedad del hombre con Dios.

A estas santas instituciones añadió ceremonias magestuosas, fiestas que recordaban la memoria de los milagros con que el pueblo de Israel fue sacado de la cautividad de Egipto; y lo que ningun otro legislador se había atrevido á hacer, dióles seguridad de que todo les saldría bien mientras que viviesen sometidos á la ley; y que su desobediencia sería seguida de una manifiesta é inevitable venganza. Necesario era estar asegurado de Dios para dar este fundamento á sus leyes; y el resultado

ha justificado que Moises no hablaba por sí.

En cuanto al gran número de observancias con que ha sobrecargado á los hebreos, no obstante de que ahora nos parezcan supérfluas, eran entonces necesarias para mantener separado al pueblo de Dios de los demas pueblos, y servian como de barrera á la idolatría, por temor de que no arrastrase á este pueblo escogido con todos los otros.

Para conservar en su pureza la religion y todas las tradiciones del pueblo de Dios, fue elegida una tribu entre las doce, á la cual Dios la dotó con los diezmos y las oblacones, y la encargó el cuidado de las cosas sagradas. Leví y sus hijos fueron consagrados á Dios, así como lo fue el diezmo de todo el pueblo. En la tribu de Leví fue elegido Aaron para ser soberano pontífice, y declaróse el sacerdocio hereditario en su familia.

De esta manera los altares tuvieron sus ministros; la ley sus particulares defensores; y el orden y clasificacion del pueblo de Dios fue justificado por la sucesion de sus pontífices, que siguió sin interrupcion desde Aaron, que fué el primero de todos.

Pero lo que había de mejor en aquella ley es que preparaba el camino para otra ley más augusta, menos sobrecargada de ceremonias y más fecunda en virtudes.

Moises, para tener al pueblo en la espe-